



tiguos mucho mejor que cuantas historias nos ha ofrecido la pura mano de los hombres; y en el que se ven los primeros monumentos y títulos de su recíproca separación y del establecimiento de las sociedades independientes, y se trazan los rasgos de la más correcta geografía, contra la cual nada puede oponerse que la desmienta sino que ella es más bien la llave maestra que nos abre los arcanos geográficos de los antiquísimos tiempos; sobre este capítulo, pues, en el cual se encierran más riquezas de instrucción (á pesar de su brevedad) que en las costosas y pesadas producciones de muchos charlatanes é impíos de nuestros días; no se le ofrece á Voltaire otra cosa que decir, sino: «Pasamos aquí todos los nietos de Noé, desconocidos por mucho tiempo de lo demás del mundo.» Este racionador no ha conocido que el sólo nombre de *Jafet*, conservado entre los griegos, bastaría para desmentirle. En efecto, los *jonios* han mirado siempre á Jafet como á su padre, y cuando los poetas griegos hablan de los hombres en general, los llaman *los hijos de Jafet*. Si los conocimientos de Voltaire en la antigua historia fueran ménos superficiales, hubiera visto que los medos, tracios, moscos, jonios, los pueblos de la Elida, tienen grabados en su misma denominación los nombres y la memoria de *Madai, Javan, Mosoch, Tiras, Elisa*, hijos de Jafet y nietos de Noé: que los asirios, elimeos, arameos, elmodenos, salapenianos, jobabitas, hacen también resonar en nuestros oídos y nos recuerdan los nombres de *Elam, Assur, Aram, Elmodad, Salef y Jobab*, descendientes de Noé por Sem. Hallábase, según Plutarco, en el nombre de *Chemia* dado al Egipto, y en el de *Hammon*, tan célebre en la Libia, el de *Cam ó Jam*, otro de los tres hijos de Noé. El *Chusistan*, situado cerca de las bocas del Tigris, *Saba y Regma* á lo largo del Golfo Pérsico, habían tomado sus nombres de *Chus* y de *Saba y Regma* sus hijos y descendientes. *Gomer y Magog*, los dos primeros hijos de Jafet, poblaron una parte de la Escitia y de la Tartaria. Se encuentran en aquella inmensa región muchos vestigios de *Gog y Magog*. ¿Qué diremos de los *sidonios*, nacidos de *Sidon*, nieto de Cam; de la isla de Arad, poblada de *aradios*, procedentes de Canaan; y de la medalla de Laodicea con la inscripción en lengua y caracteres fenicios, que decía: *Laodicea, metrópoli en Canaan?* Todos estos pueblos, cuya situación se halla exactamente expresada en Plinio y Ptolomeo, y que son tan célebres en las antiguas historias, no tienen otro origen que el que les ofrecen las genealogías de los hijos y nietos de Noé, las cuales, como títulos

y monumentos preciosos, se han conservado en el Génesis, y que á Voltaire y demás impíos llenarían de entusiasmo y asombro, y les serían objetos de una respetuosa estimación, si el vértigo de la incredulidad no los tuviese trastornados, ó si estos rasgos tan apreciables é instructivos de los antiquísimos tiempos los hallasen en otras obras distintas de las que canoniza la religión revelada, que tan á ciegas están persiguiendo. ¡Cuán cierto es así!... Todos estos hechos eran demasiado notorios antes que hubiesen aparecido en el mundo los primeros escritores griegos, los cuales, harto modernos, y vanos y superficiales, ignoraban quiénes fuesen los fundadores de las naciones que existían muchos siglos antes que ellos comenzaran á escribir la historia. Sin embargo, los monumentos mismos de sus fábulas no dejan de ofrecernos algunos rasgos luminosos, los cuales, comparados con las incontestables verdades que se contienen en nuestros Sagrados Libros, nos ayudan á disipar las nieblas que en el trascurso de los tiempos ha derramado sobre hechos tan antiguos.

Pregunta Voltaire: «¿cómo es posible que la tierra no tuviese más que un labio?» No nos detendremos en rebatir la indecente grosería con que ha traducido este texto. Si el patriarca de los incrédulos ha pensado chancearse ingeniosamente sobre las palabras *tierra y labio*, entienda que con ello no ha hecho más que mostrarse como un bufón ridículo é impertinente; y estamos seguros de que los incrédulos moderados convendrán con nosotros. Así que, dejadas sus chocarrerías, expliquemos las palabras de Moisés: *no tenía la tierra entonces más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos*, ó un mismo modo de hablar. El hebreo, dice: *era toda la tierra un labio y unas mismas palabras*. Queriendo el sagrado historiador preparar á sus lectores para lo que va á decirles de la confusión de lenguas en Babel, advierte que antes de este suceso todos hablaban un mismo idioma ó (como lo decimos más comunemente) una misma lengua; y para evitar toda equivocación y fijar bien el sentido de la expresión, de que se sirvió, añade terminantemente *unas mismas palabras*. Mucho tiempo antes de Moisés, cada uno de los diferentes pueblos se servía de su idioma ó lenguaje particular. Mas como podía parecer extraño que siendo uno mismo el origen de todos, no conservasen el mismo modo de hablar, previene Moisés este reparo, y en sustancia se explica como si dijera: «En la genealogía que acabo de presentar de las familias procedentes de Noé, las he distribuido según sus poblaciones y la



»diversidad de sus lenguas. No creáis, sin embargo, que entre los hombres ha habido siempre estos diferentes modos de hablar, pues en un principio todos le tenían uno mismo. Pero Dios, bien sea para castigar su orgullo y vanidad, bien para impedir que sólo se estableciesen en el Asia, donde se hallaban, sin querer irse más lejos, dividió las lenguas en Babel, y con esta división los obligó á separarse para ir á habitar en diferentes regiones. Hé aquí el origen de esta variedad de lenguas que os asombra, y por eso os digo que los hombres en un principio no tenían más que un lenguaje, haciéndolos esta importante advertencia después de haberlos mostrado como los tenían distintos, para que conozcáis el origen y la causa de esta diversidad (1).»

Preguntamos, pues, ahora, ¿si puede darse una relación y manifestación más clara, más seguida, más bien expresada, que la que en estos dos capítulos hace Moisés? Estamos bien seguros que si en Sanchoniaton, Beroso ó también Homero, se hallasen unos trozos tan admirables, tan conformes al verdadero orden de las cosas, y (digamos) tan llenos de filosofía, no dejarían los incrédulos de ponderar infinitamente su mérito, y de preferirlas al oro y á lo más precioso del mundo. Pero ¿se encuentran en los libros de la divina revelación!... Así es, que en concepto de Voltaire, «son tantas las oscuridades, las nubes, las dificultades de ellos, que no hay ingenio de hombre que baste para explicarlas; dificultades que no dejan á los sábios otro partido sino el de suponer que habrá habido faltas de los copiantes, ni otro recurso para los pueblos que someterse con veneración.»

Otra cuestión suya: «¿Cómo en tiempo de Noé pudo haber ya tantos pueblos?»—¿Como si para la verdad de la narración de Moisés fuera preciso que todos los pueblos nombrados por él en el capítulo X hubiesen sido establecidos, viviendo Noé, en las diferentes regiones donde Moisés los coloca! ¿Como si no bastase que hubiesen existido durante la vida de aquel Patriarca las primeras familias de donde estos pueblos procedieron, las cuales tuvieron parte en el acontecimiento de la confusión de lenguas de Babel! Moisés, después de haber nombrado á los descendientes de Noé, que fueron cabezas de las familias que formaron los antiguos pueblos, los sigue hasta en los parajes donde se hallaban establecidos en el tiempo que él escribía. Este legislador, que no ignoraba los tí-

tulos de las antiguas naciones, y particularmente de los egipcios, en cuyas ciencias se hallaba bien impuesto, tuvo sin duda un conocimiento muy seguro é incontestable del origen del linaje humano, de manera que sin temor de ser desmentido pudo hacerle subir hasta Adam. Él expresa su cuna, las edades de los hombres y las generaciones; todos parten de Babel ochocientos años antes que él existiese, y no más; á su sencilla relación no sirve de obstáculo ni el cómo han pasado los mares, ni por qué unos son blancos y otros negros; la historia profana confirma lo que él refiere. La llanura de Senaar en la confluencia del Tigris con el Eufrates, la hermosura y fertilidad del país, el asfalto y el betun naturales de aquel suelo, todo está testificado por Ammiano Marcelino, que seguía al emperador Juliano, y por Plinio y Ptolomeo. La torre edificada para que sirviese á los hombres de punto de reunión, la confusión y origen de las lenguas, la dispersión que á ella se siguió; todo esto está consignado en las historias de la Caldea, y es anterior á ellas. Todos los hombres, según los designios de su Señor, van á poblar remotos climas; cada colonia unida por su idioma peculiar forma una sociedad, y se establece en determinado sitio, pues en otro no la entenderían. Todos parten de Oriente y se extienden hácia el Mediodía, el Occidente y el Norte. Las tres primeras colonias se multiplican pacíficamente sobre las costas de Asia, en Egipto y en la China. Todos conservan la primitiva tradición, cuyos vestigios se traslucen en las fábulas mismas que la han alterado. Las demás colonias, dispersas y separadas de toda sociedad con las primeras, cayeron en un embrutecimiento y barbarie, de la cual no salieron sino por el comercio con el Oriente, donde las ciencias y las artes conservaron su asiento, comunicándose luego desde allí á las demás partes del mundo, como lo testifica la historia. Todo, por consiguiente, contribuye á asegurar más y más la verdad de la narración de Moisés; hasta la misma geografía la comprueba, pues constanos por ella el tino y exactitud con que él colocó cada cosa en su verdadera posición local. En este punto Moisés es muy superior á Homero y á Tito Livio; y mil quinientos años antes de Augusto tuvo la valentía de referirnos la infancia del mundo y el repartimiento de la tierra entre los hijos y descendientes de Noé, como no pudieran hacerlo los sábios de aquel ilustrado imperio. Jafet va al Norte de Asia, á los países marítimos de Europa; Cam se dirige hácia el Mediodía, al Africa (él es el Hammon de los escritores profanos); Sem permaneció en el Asia, hácia una

(1) Añádase: y también de su dispersión.—P.





y otra parte del Eufrates. Esta misma particion de la tierra la tenemos en los poetas entre el inmenso fárrago de sus fábulas.

A todos los demás colócalos Moisés en sus respectivos cantones, señalando los padres de los diferentes pueblos y los fundadores de las naciones conocidas. El solo nos presenta este pormenor preciosísimo, que no pudo venirle sino, ó por revelacion, ó por una tradicion fiel y muy exacta. El solo, por consiguiente, es como la antorcha de la erudicion histórica, á quien se puede y debe consultar y seguir para no extraviarnos. Los autores profanos, ó nos meten en las tinieblas, ó nos dejan en ellas; la Escritura sola nos muestra los lugares, los datos, las costumbres, los hechos. En la narracion de Moisés todo está unido y enlazado. Desde el principio del mundo, Adam es criado por Dios; abandona luego el orden, es castigado; pero le queda aún un culto, una esperanza. A causa de los crímenes queda inundada la tierra, pero bien pronto es de nuevo poblada. Los corazones de los hombres todavía se depravan, y Dios escoge un pueblo particular para sí, en el cual conserva la pureza de su culto y de sus oráculos; le da una ley, y le confía las promesas de la humana salud. Compárense con esta historia tan sencilla, y al mismo tiempo tan respetable, tan instructiva y tan conforme con la naturaleza y curso de las cosas y de los tiempos; compárense con ella, decimos, las fábulas de los gentiles, las historias de los chinos y egipcios, y júzguese dónde está la verdad.

A estas reflexiones, tomadas del *Diccionario anti-filosófico*, art. *Moisés*, añadamos el siguiente trozo de Mr. Pluche, en el tom. VII del *Espec-táculo de la naturaleza*, el cual da todavía más luz á estos objetos tan interesantes. «Un otro medio para conocer la exactitud de la narracion de Moisés, el legislador de los hebreos, consiste en que la diversidad de las lenguas está muy conforme con sus datas. Esta diversidad es anterior á todas las historias conocidas; y por otra parte, ni los mármoles de Aronde, ni las pirámides de Egipto, ni otro algun monumento que tenga carácter de verdadero, sube más allá de su fecha. Añádese á esto, que la reunion del humano linaje en la Caldea antes de la dispersion de las colonias, es un hecho muy conforme con el uso y progreso que han tenido estas. Todo parte de Oriente, así los hombres como las artes; todo va adelantando poco á poco hácia el Occidente, hácia el Mediodía, hácia el Norte. La historia nos habla de reyes y de grandes establecimientos en el centro y en las costas de Asia, cuando de otras más lejanas colonias no se tenia nin-

gun conocimiento; por consiguiente, ó no las habia, ó se estaban formando. Si las poblaciones de los chinos y de los egipcios tuvieron en un principio más conformidad que las otras con los antiguos moradores de la Caldea por su inclinacion sedentaria, por sus figuras simbólicas, por sus conocimientos en la astronomía y por la práctica de algunas bellas artes, fué porque desde luego se establecieron en países muy excelentes, donde ni los bosques que lo cubrian todo en otras partes, ni las bestias que al abrigo de estos estorbaban los establecimientos, les sirvieron de obstáculo. Así es que se multiplicaron muy pronto, sin olvidar ni perder el uso de las primeras invenciones. La mucha antigüedad de estos tres pueblos y su gran semejanza en muchos puntos, son prueba de la unidad de su origen y de la exactitud singular de la Historia Sagrada. El estado de los demás pueblos fué muy distinto del que tuvieron los que en un principio se establecieron en las ricas campiñas del Eufrates, del Kiam (gran rio de la China, llamado el *rio Azul*) y del Nilo. En los primeros se nos presentan unas familias vagamundas que no conocen lugares ni caminos, y que caen á la ventura en un país donde todo les falta; sin instrumentos para ejercitar lo poco bueno que sabian, sin estabilidad ni reposo para perfeccionar lo que la urgente necesidad podia haberles hecho inventar. Sus escasos medios de subsistencia les ocasionaban frecuentes riñas, y los celos y la envidia su destruccion. Como no eran más que unos puñados de gentes, se ahuyentaban unos á otros: la vida incierta y errante que tenían les hizo olvidar muy pronto de todo. Sólo con la renovacion del comercio y trato con el Oriente, su antigua cuna, donde procedian, mudaron las cosas de semblante. Los godos, con todo lo demás del Norte, no dejaron de ser bárbaros sino estableciéndose en la Galia, Italia ó Iberia. Mas los galos y francos debieron á los romanos su civilizacion; los romanos habian ido á Atenas á tomar sus leyes y literatura, y la Grecia se mantuvo embrutecida hasta la llegada de Cadmo, el cual llevó allá las letras fenicias. Admirados y atónitos los griegos de este auxilio que se les proporcionó, se aplicaron á cultivar su lengua, á la poesía y al canto; no tomaron el gusto á la política, á la arquitectura, á la navegacion, á la astronomía y á la pintura hasta despues de haber viajado á Menfis, á Tiro y á la corte de Persia. Todo lo perfeccionaron, pero sin inventar cosa alguna. Es, pues, constante, así por la historia profana, como por lo que dice la Escritura, que el Oriente es el origen



comun de las naciones y de los bellos conocimientos. No vemos un progreso contrario hasta los tiempos posteriores, en que la manía de las conquistas comenzó á devolver al Asia bandadas de occidentales.»

Segun la sagrada Escritura, habiendo partido los hombres del Oriente, hallaron una campiña en la tierra de Sennaar, donde se detuvieron. Se dijeron unos á otros: hagámonos una ciudad ó torre que se levante hasta el cielo, y hagamos famoso nuestro nombre antes de dispersarnos por toda la tierra, etc.

La primera dificultad que aquí se ofrece, es cómo pudo Moisés llamar *Oriente* á la de Armenia, constándonos que se halla al *Norte* de Babilonia, de la Arabia y de la Palestina, que eran las únicas á que en este caso pudo hacer alusion?

Decimos: 1.º Que la palabra *Kedem*, que la Vulgata traduce *Oriente*, pudo tal vez ser el nombre de algun pueblo ó paraje, en cuyo caso el sentido seria que los hombres habian partido del país de *Kedem* para ir á Sennaar. Así opina el sábio Cappel, el cual cree que este es el país que más adelante habitó *Quedem*, último hijo de Ismael, y que los descendientes de Noé, habiendo venido á él desde el monte *Ararat*, pasaron luego á las campiñas de *Sennaar*, donde edificaron á Babel. 2.º Tambien puede traducirse el Hebreo: y sucedió que partiendo ellos desde muy antiguo, encontraron un valle en la tierra de *Sinhar*, y habitaron allí. La palabra *Kedem*, que significa tambien lo antiguo, lo de tiempos remotos, autoriza esta traduccion. 3.º Asimismo es positivo que los hebreos daban el nombre de *Oriente* aun á la Siria y á los pueblos de la otra parte del Eufrates, que no están más al Oriente de la Palestina que la Armenia. El Señor amenaza que levantaria de todas partes enemigos contra Israel: á los sirios de la parte de *Oriente*, y á los filisteos de la de *Occidente*. Dice tambien Isaias que *Ciro* vendria de *Oriente* contra Babilonia, y *Ciro* vino de la Armenia y de la Persia. *Daniel*, XI, 44, dice que *Antiocho Epifanes* seria conturbado por las noticias que le vendrian de las provincias de *Oriente* y del *Aquilon*. Estas provincias fueron las de la otra parte del Eufrates, que están más al Norte que al Oriente de la Judea. La verdad es que estos países, y especialmente la Armenia, están al Norte con inclinacion al Oriente con respeto á la Palestina.

En segundo lugar, para formar una justa idea de las intenciones de los que edificaron la torre de Babel, debemos advertir que su objeto no fué precisamente inmortalizar su nombre

con una grande obra de arquitectura, sino levantar una como señal y punto de reunion en las inmensas llanuras de Sennaar, cuya fertilidad y belleza los tenia admirados, sin querer separarse de allí. Quizá tambien se figuraron que Dios podria enviar algun otro diluvio; y con edificar una torre de extraordinaria altura trataron de ponerse en estado de no tener por qué temerle; como si la palabra de Dios de no volver á inundar la tierra no debiera asegurarlos de lleno contra tales temores. Independientemente de este motivo, aquel gran monumento les hubiera servido siempre como de recuerdo y llamaba á un centro comun, sin el cual dificilmente hubieran podido encontrarse y reunirse en aquella vasta llanura, donde no se les ofrecia un punto de vista. Este mismo sentido admite la traduccion literal del texto Hebreo: *edifiquemos para nosotros un nombre, no sea que nos dispersemos sobre las faces de toda la tierra*; donde se ve claro que el nombre no puede ser más que un título, un monumento, una señal, lo cual puede edificarse, y el nombre no; y además la *nombradia* ó fama que algunos creen significarse aquí por el nombre, no es un medio oportuno para evitar la dispersion que temian.

Pues ¿por qué introdujo Dios la confusion de lenguas? Precisamente por ser contrario á sus sábios designios el proyecto que se habian preñado los que construian la torre; pues Dios queria que se poblase toda la tierra, y ellos sólo trataban de establecerse en aquella deliciosa llanura. Así es que confundiendo sus lenguas, naturalmente se siguió de ahí la dispersion del humano linaje por los varios países de la tierra, puesto que no pudiendo entenderse ya unos á otros, se vieron obligados á separarse, digámoslo así, en diferentes cuadrillas, resultando probablemente tantas nuevas poblaciones ó sociedades cuantas habian sido las lenguas.

Volvamos ya á la torre de Babel. Este famoso edificio es uno de los grandes acontecimientos, que ni por la distancia de los tiempos y lugares, ni por la diversidad de las lenguas, ni por la dispersion de las naciones, han podido borrarse de la memoria de los hombres. Este se ha conservado en todos los pueblos que no han venido á caer en una extrema barbarie y en una ignorancia absoluta de lo antiguo. Muy pronto lo probaremos contra el temerario autor de la *Biblia en fin explicada*. Los orientales, como más civilizados é instruidos, han conservado su tradicion con más pureza y exactitud. De ellos la tomaron los griegos, corrompiéndola con sus ficciones por la inclina-





ción de sus poetas á lo maravilloso. Los latinos la recibieron de los griegos con todos los disfraces que estos la dieran. La verdad pura solo se halla en los libros de Moisés, como en su verdadera fuente: él fué anterior á todos, ninguno le precedió; á él por consiguiente es preciso recurrir, si no queremos extraviarnos.

Celso fué el primero que sobre este punto impugnó la verdad de la narracion de Moisés. Pretendia que el legislador hebreo habia tomado la historia de esta torre de los poetas que cuentan la guerra de los Aloidas ó Titanes contra Júpiter. Mas Orígenes le contesta con mucha razon, que siendo Moisés más antiguo, no solamente que Homero y los demás poetas griegos, sino tambien que los primeros que entre ellos inventaron las letras y el arte de escribir, fuera imposible que él tomase lo que nos dice de unos escritos que aún no existian en su tiempo; que si la fábula de los Titanes tiene alguna semejanza con la historia de la torre de Babel, es porque los poetas griegos quisieron imitar á Moisés, y aun añadir á la verdad y sencillez de su narracion.

El emperador Juliano trataba de fabulosa toda la historia de la torre de Babel y de la confasion de las lenguas. Tomaba literalmente las palabras: *hagamos una ciudad ó torre cuya cima llegue á los cielos*; y burlándose, decia: que aun cuando todos los hombres del mundo se ocupasen en aquel edificio, y acabasen con todas las piedras que hay en la tierra, y convirtiesen en ladrillos cuanta arcilla se encuentra en ella, jamás podrian conseguir llevar á cabo una torre que llegase al cielo, aun cuando á sus paredes no se les diera más que el grueso de un hilo. Y añadía con igual tono, que los cristianos y los judíos tenían la simplicidad de creer que Dios, espantado de la audacia de los hombres y de su atrevida empresa, se habia dado prisa para contener sus resultados, confundiendo su lengua.

El autor de la *Filosofía de la Historia*, para dar más peso á estas burlas de Juliano, pregunta: «¿Qué entienden por *cielo* los intérpretes? ¿es la luna? ¿es el planeta Vénus? ¡Muy lejos de nosotros están!»

Así á los antiguos como á los modernos incrédulos, responderemos con San Cirilo: 1.º, que estamos muy lejos de creer que, siendo Dios Omnipotente, se espantase de los esfuerzos de unos cuantos mortales, ni bajase personalmente de los cielos para ver el edificio y contener sus progresos. Con este modo de hablar se expresó Moisés para ser mejor entendido. Ya hemos observado que se hallan en las Escrituras ciertas maneras de hablar que no parecen cor-

respondientes á la grandeza de Dios, pero que se proporcionan á la debilidad y al modo de hablar de los hombres. Semejantes expresiones, aunque indignas de la Divina Majestad, nos dan, sin embargo, nobles y muy sublimes ideas del Soberano Sér. No las tomarán á la letra sino los idiotas muy extremados ó los críticos de mala fe. En una palabra, sirvióse Moisés de ellas, por ser imposible expresarnos de otro modo en cosas que no caen bajo nuestros sentidos; 2.º, además, ¿quién ignora que *levantar hasta el cielo*, es una expresion muy comun y usada, que solamente significa *levantar muy alto*? ¿No la tienen consagrada á este sentido cuantas lenguas nos son conocidas? Cada dia decimos: *levantar un edificio*, y aun *la voz hasta el cielo*; *montes elevados hasta el cielo*; *á tal hombre lo levantan hasta el cielo*, etc. Homero, hablando de una roca muy elevada, ¿no dice en la Odisea que *con su cumbre podía tocar el cielo*, dando á entender su mucha elevacion? Y en la Iliada usa de una expresion igual. Uno de los más grandes poetas decia:

«En la tierra al impío ví adorado,  
y al cedro parecido.  
Frente osada del cielo á lo encumbrado  
vile que habia erguido.  
Su voz el trueno bramador oia,  
y su eco respetaba.  
Los fuertes enemigos sometia,  
y su cerviz pisaba.  
Le ví... ¡mas ay! volví... ya no existia.»

¿Se dirá que Racine en estos versos, que son una imitacion del hebreo, es ininteligible, ó habrá razon para oponerles la luna ó el planeta Vénus?

3.º Si Dios, para contener los progresos de la torre de Babel, dispersó á los hombres y confundió su lengua, no fué porque los temiese, sino por un efecto de su bondad, impidiéndoles con ello continuar en una empresa loca é inútil.

Añade tambien Voltaire: «El Génesis coloca esta empresa en el año 117 despues del diluvio. Si la poblacion del humano linaje siguiera entonces el orden que hoy sigue, ni habria hombres bastantes, ni el tiempo necesario para inventar las artes que requería una obra tan inmensa.»

Muy poco filósofo ha de ser el que compare el orden que hoy sigue la poblacion con el que seguía cuando los hombres vivían cuatrocientos y quinientos, y aun más años, como nos lo dicen, no sólo Moisés, sino tambien muchos escritores profanos, como Maneton, Beroso, Moxo, Isticeo, Jerónimo el Egipcio, Hesiodo, Hecateo,



Acusilao, Helanico, Eforo, Nicolás de Damasco, citados todos por Josefo (1).

Por otra parte, ¿quién sabe cuál habia de ser la mole y altura de la torre de Babel, para asegurar que no habia entonces bastantes hombres para edificarla? El deseo que tenían de construir una torre muy alta, no prueba que realmente la hicieron de grande altura. Además de esto, nada nos obliga á seguir en este punto la cronología del texto Hebreo. El de los Setenta y el Samaritano fijan este suceso sobre cuatrocientos años despues del diluvio.

Noé y sus hijos conocían las artes, puesto que el arca fué obra suya; asimismo sabían que Dios los reservaba para poblar de nuevo la tierra, cuyos habitantes iban á perecer. ¿Es creíble que se descuidaran en conservar, no solamente los instrumentos para la labranza, sino tambien los de los artes y oficios así necesarios como útiles? ¿Quién se persuadirá á que perderan su conocimiento durante el diluvio? Luego es un absurdo pretender que sus descendientes se vieron obligados á levantar las artes.

Si los censores de Moisés supieran más acer-

(1) Léanse los capítulos X y XI del Génesis, y se podrá formar un cálculo de lo que se aumentaron excesivamente los hombres, que despues del diluvio descendieron de los tres hijos de Noé y de sus descendientes. Esta misma grande multitud hizo que no pudiesen habitar todos en un mismo lugar; y antes de separarse y derramarse por diferentes lugares del mundo, quisieron (como es propio de la vanidad humana) hacer célebre su nombre, perpetuando su memoria con una empresa árdua, que empezaron, pero no la concluyeron.

de la antigüedad, no hubieran dicho que «toda la tierra ignoraba la historia prodigiosa de la torre de Babel.» Escuchemos lo que sobre este punto nos dice Abydeno: «Hay quien dice que los primeros hombres nacidos de la tierra, ensoberbecidos por su estatura y fuerza, quisieron hacerse superiores á los mismos dioses, y que trataron de levantar una torre de desmesurada elevacion en el sitio donde hoy día está situada Babilonia; que esta torre se acercaba al cielo, cuando los vientos, acudiendo al auxilio de los dioses, derribaron esta enorme masa y á los que la construían; que sus ruinas sirvieron para edificar á Babilonia, y que los hombres, que hasta entonces no habian tenido más que un solo idioma, comenzaron á hablar un lenguaje discordante.» Otro tanto se ve en los textos de Artapano y Eupolemo en el mismo Eusebio, y en los supuestos oráculos de las Sibilas, que corrian en tiempo de Josefo. Eupolemo decia que Babilonia y la torre tan célebre por todo el mundo habian sido edificadas por los gigantes que escaparon de las aguas del diluvio; y que destruida la torre por el poder de Dios, los gigantes se habian dispersado por todos los países. Lo que de un modo tan expreso atestiguan los escritores antiguos, está confirmado por el nombre de *Babel*, conservado en el de Babilonia, y por lo que de la empresa de los gigantes contra el cielo dijeron los poetas griegos más antiguos, como lo notamos confutando al emperador Juliano. Luego el prodigio de la torre de Babel, lejos de haber sido ignorado de toda la tierra, ha sido conocido así en Oriente como en Occidente.